

STATEMENT I NAZA DEL ROSAL

Hasta donde puedo recordar, recuerdo una caverna.
Oscura como boca de lobo y tatuada con los pictogramas de la primera artista. Alces, mamuts,
bisontes y los indalos trazando arcos de poder.
El primer relato mágico. El primer mito.
Y, al fondo, donde el negro es tan crudo como la nada, un fuego.
El corazón de la caverna.
La lumbre de la creación.
El origen de todo.

Las cavernas y el arte rupestre fueron la primera de mis obsesiones. La segunda, el estudio de las culturas ancestrales. Empecé a viajar por el mundo para descubrir cómo son los otros mundos que están en este y averiguar qué late bajo su tierra. Tambores retumbando bajo mi piel despertándome al misterio. La curiosidad infinita. La llamada de la caverna. Más adelante, llegó la fascinación por los modos de conocimiento, ascensiones (o descensos) desde lo terrenal -el mundo visible o material- a lo celeste -el mundo invisible o espiritual- que conducen a la revelación o al desvelamiento del conocimiento oculto.

No tardé en percatarme de que todas las culturas tienen en común la presencia de una figura mística que media entre los mortales y los astros: el sabio que «ha visto», la pitia u oráculo que dice con la boca de los dioses, el druida pintor de runas, el sacerdote sem del Antiguo Egipto protector del ka, el chamán. Es el prisionero de la caverna platónica que, tras desprenderse de sus grilletes, asciende hasta el Sol y ve por primera vez el mundo que es (el «Mundo de las Ideas») y no el que parece ser (El «Mundo de la Copia», el nuestro). Por eso es cuentacuentos y augur, guía espiritual y sanador/a de la tribu. Canaliza la energía espiritual para conducirnos en ese desvelamiento del viaje interior hacia el Todo. Un desvelamiento que es sanación, una cura que es cuidado y que los filósofos griegos versaron sobre la cura sui -«el cuidado de uno mismo»-

IDEAS DE UN IDEARIO

Me gusta pensar que estos procesos introspectivos hacia la clarividencia y sanación del 'yo' frente al ruido del mundo que nos interfiere por dentro- son el verdadero leitmotiv de mi obra. Cuento historias en mis lienzos -historias de la selva primigenia, el hogar ancestral- e invoco antiguas sabidurías, pero también invito al espectador/a a participar en un ritual psicoafectivo que espero le incite a meditar sobre los ruidos y roturas del 'yo' y le mueva a sanarlos por vía de la introspección reflexiva.

Desearía que quien contemple mis obras se encuentre conmigo en el lienzo. Que sienta, reflexione y disfrute de la misma manera que yo sentí, reflexioné y disfruté al pintarlas. Que descubra mis viajes y revelaciones, pero sobre todo que se anime a emprender los suyos propios y a revelarse a sí mismo/a. Que sienta y se sienta apelado/a por las emociones que suenan, vuelan y destellan aquí dentro y, por ende, en mis cuadros. Son mías, sí. Pero confío en que también acaben siendo suyas.

MI IMAGINARIO

Todo comienza en mis cuadernos, mi pensadero. La cueva donde me interno. Saco mucha punta hasta llegar al universo de mi mente. Un universo que es historia, viaje, ritual y simbología de mí misma. Luego, lo despliego sobre el lienzo como los ilustradores medievales repletaban sus ilustraciones miniadas angustiados por el horror vacui -ese «miedo al vacío» que tanto comparto con ellos-. Emanaciones e iluminaciones. Como en los cuadros de Brueghel o El Bosco, en los míos también ocurren y concurren muchas

cosas a la vez: el gajo de un dolor o una alegría, el motivo de un sueño, el fragmento de una historia. Es una multiplicidad que converge en la retina para sugerir la experiencia visionaria y panóptica de (la/mi) Realidad.

La selva es el espacio sagrado y misterioso, el lugar que nos arroja a la búsqueda del 'yo' porque seguramente se parece mucho a nuestra jungla interior. Y además es el hábitat del «ser-en-el-mundo» que pensó Heidegger; la encrucijada salvaje donde nos reconectamos con nuestro animal interior y con el espíritu de la tierra más allá de todos los ruidos. De ahí que en mi obra abundan los diseños fitomorfos. Los animales, representan nuestras pasiones e instintos primarios, trascienden la racionalidad y nos acercan a la voluntad de la vida que domina la selva. Creo que, por esa razón, las junglas, bosques y forestas se me antojan regresión simbólica (y nostálgica) al hogar ancestral. A fin de cuentas hay que atravesarlas para llegar a la caverna.